

co arrebató á uno de ellos, camarero de la reina doña Juana, que llevaba la voz por todos, le hizo dar garrote en un calabozo, y soltó á los demas para que contáran á la Santa Junta cómo eran recibidos sus mensageros en Burgos. Con esto ya no podia haber transaccion. La Junta pregonó por traidores al condestable y al de Alba de Liste, apercibió su ejército, le engrosó con nuevos contingentes de las ciudades de la liga, le dió sus instrucciones para la campaña, y todo anunciaba grandes calamidades, y larga efusion de sangre de hermanos en los campos de Castilla <sup>(1)</sup>.

(1) Mejía, lib. II.—Sandoval, lib. VII., donde se hallan abundantes, aunque mal coordinadas noticias de estos sucesos,

## CAPITULO IV.

### LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES.

1520.—1521.

Don Pedro Giron es nombrado general de los comuneros.—Resentimiento y retirada de Padilla.—Marcha del ejército de las comunidades hácia Rioseco.—Peligro de los regentes y magnates.—Estraña conducta de Giron.—Sospechosa intervencion de Fr. Antonio de Guevara.—Traición de don Pedro Giron.—Injustificable retirada del ejército á Villalpando.—Apodéranse los imperiales de Tordesillas.—Sensacion y resultados de este suceso.—Giron y el obispo Acuña en Valladolid: descrédito de aquel y popularidad de éste.—Retírase Giron de la guerra odiado y escarnecido.—Triste situacion de Castilla.—Valladolid y Simancas.—Padilla es nombrado segunda vez capitán general de las comunidades: entusiasmo popular.—Sublevacion de las Merindades: el conde de Salvatierra.—Operaciones y triunfos de Padilla y del obispo Acuña.—Crítica situacion de Valladolid.—Tratos y negociaciones de paz.—Rómpease de nuevo la guerra.—Padilla se apodera de Torrelobaton.—Nuevos tratos de concordia: tregua: error de los comuneros.—Se rompe la tregua.—Campaña del obispo Acuña en Toledo.—Derrota al prior de San Juan.—Incendio horrible de la iglesia de Mora: quémanse mas de tres mil personas.—Acuña es proclamado tumultuariamente arzobispo de Toledo.—Escándalos y sacrilegios en la catedral.—Entereza y dignidad del cabildo.—Decadencia de la causa de las comunidades.

La Junta de Tordesillas habia perdido un tiempo precioso, pasándole en la inaccion mientras los grandes iban agrupando y concentrando sus fuerzas en

Rioseco, donde se hallaban dos de los regentes. Tal apatía, unida á la division que se habia infiltrado entre los comuneros, y aun entre los procuradores mismos, siendo no la menor de las causas los celos con que veia don Pedro Laso de la Vega, no contento con la presidencia de la Junta, la gloria que Juan de Padilla habia ganado como capitán general de las comunidades, produjo la idea de poner la direccion de las armas en manos de otro caudillo que hiciera revivir el amortiguado vigor de la causa popular. Recayó la eleccion en don Pedro Giron, hijo primogénito del conde de Ureña.

Habia sido contrariado Giron en sus pretensiones á la herencia del ducado de Medinasidonia: una promesa empeñada y no cumplida por el rey en el asunto en que ponía todo su anhelo le hizo apartarse enojado del monarca, y en su despecho, y pareciéndole que podría medrar á favor de las revueltas, hizo causa con los comuneros, y se presentó á la Junta de Tordesillas blasonando de gran patriota y ofreciéndole sus servicios. Acogieron los procuradores hasta con avidez el ofrecimiento del jóven prócer, que tenia reputacion de esforzado, y les halagaba la idea de que unida la bandera de la esclarecida casa de Ureña á la de las ciudades, en cualquier contratiempo que pudieran experimentar los nobles, se pasarán muchos al estandarte que conducía uno de sus mas ilustres deudos. Esta consideracion influyó mucho en su nom-

bramiento de capitán general de la Junta. Mas como quiera que no fuese fácil ganar de pronto la antigua popularidad de Padilla, no tuvo éste tampoco ni abnegacion, ni política para disimular su resentimiento, y so pretesto de tener su esposa enferma partió en posta para Toledo, y tras él se fué la gente que de allí habia traído, con no poca satisfaccion de los de Rioseco, y no poca alarma de la Junta y de las ciudades confederadas <sup>(1)</sup>.

Repusiéronse no obstante al pronto de aquel desánimo con la oportuna llegada del obispo Acuña á Tordesillas. Llevaba consigo el fogoso prelado de Zamora quinientos hombres de armas de las guardas del reino, setenta lanzas suyas, y cerca de mil infantes, en cuya hueste se contaban hasta cuatrocientos clérigos, gente resuelta y de armas tomar. El ejército de las comunidades acreció hasta diez y siete mil hombres. Sería una tercera parte la gente con que contaban los vireyes y los magnates en Rioseco. Dejando pues don Pedro Giron en Tordesillas para custodia de la Junta y de la reina doña Juana el escuadron clerical de Acuña con pocos mas infantes y ginetes, púsose en marcha con las demas tropas la via de Rioseco, tan confiados él y los suyos en la victoria, que se celebraba ya de antemano, y de muchos lugares acudian las gentes á ser testigos del triunfo de los co-

(1) Pero Mejía, lib. H. c. 40.— bro VIII.  
Maldonado, lib. V.—Sandoval, li-

muneros. Sin embargo, la prision de los reyes de armas enviados por Giron á la ciudad para intimar la rendicion á los gobernadores le indicó que estaban determinados á todo menos á rendirse (1). Tambien los soldados de la comunidad ardian en deseos de entrar en pelea, y no bien habian llegado al campamento cuando ya se mostraban impacientes murmurando la tardanza en el ataque.

Movi6, pues, don Pedro Giron una mañana su campo con grande estruendo de trompetas, pifanos y tambores, y con grande aparato hélico, en muy vistosa formacion, llevando delante el pendon morado de Castilla, y siguiendo detrás al ejército multitud de labriegos, mugeres y muchachos, llevados de la curiosidad de presenciarse la victoria y del anhelo de ser los primeros á divulgar la fausta nueva por el pais. Asi llegaron hasta dar vista á las tapias de Rioseco: Giron envi6 sus corredores á provocar á batalla á los magnates, diciéndoles que alli estaban pa-

(1) Los próceres que se hallaban en Rioseco, ademas del cardenal y el almirante, eran, el conde de Benavente, el marqués de Astorga, el prior de San Juan, el marqués de Denia, el conde de Alba de Liste, el de Rivadavia, el de Cifuentes, el de Altamira, el vizconde de Balduerna, el señor de Alcañices, el de la Mota, el de Santiago de la Puebla, y otros varios grandes y caballeros.

Los caudillos de la tropa de las comunidades, eran, don Pedro Giron, primogénito del conde de

Ureña, el obispo Acuña de Zamora, don Pedro Laso de la Vega, caballero de Toledo, don Pedro y don Francisco Maldonado, capitanes de la gente de Salamanca, Gonzalo de Guzman de la de Leon, don Fernando de Ulloa de la de Toro, don Juan de Mendoza, de Valladolid, hijo natural del gran cardenal de España, don Juan de Figueroa, hermano del duque de Arcos, con algunos otros capitanes y muchos procuradores de las ciudades.

ra castigar á los que habian querido gobernar á Castilla contra su voluntad. Los grandes fueron bastante prudentes para no aceptar la pelea: el gefe de los comuneros no hacia sino galopar en su brioso corcel delante de las filas, los soldados provocaban á los de la ciudad, y todos esperaban de un momento á otro oír la voz de ataque. ¡Esperanza vana! pasóse asi todo el dia, y quedáronse todos absortos y frios cuando ya á la puesta del sol se les dió la órden de regresar al campamento de Villabraxima.

A no dudar hubiera podido aquel dia don Pedro Giron con un pequeño esfuerzo apoderarse de los principales defensores de la causa imperial, y asegurar el triunfo de las comunidades, y lo que hizo con su inaccion fué dar lugar á que entrara por la otra banda de la villa el conde de Haro con buen refuerzo de gente; y tras él los condes de Miranda y de Luna, don Beltran de la Cueva y otros caballeros, formando ya un ejército de ocho á diez mil infantes y mas de dos mil ginetes. Gran disgusto produjo en el pais el malogro de aquella ocasion, mas no por eso dejaron de aprontar las ciudades los nuevos contingentes de hombres que les fueron pedidos, armándose en algunas, como Valladolid, todos los varones de 18 á 60 años. Todavía la chancillería de Valladolid, y muy en especial su presidente, animados del buen deseo de evitar derramamiento de sangre, entablaron con calor y eficacia negociaciones

de concordia. La propuesta fué bien acogida por los de Rioseco, señaladamente por el almirante (24 de noviembre, 1520), que continuaba abrigando los sentimientos y designios conciliadores tan propios de su buen corazón. No fueron tan felices aquellos magistrados en el campo de los comuneros, donde oída su pacífica misión por el obispo Acuña, á cuyos ojos se representaba continuamente el ejemplo de Génova y Venecia que se gobernaban sin reyes, y que estaba resuelto á seguir en la demanda aunque se quedara solo, negóse á toda avenencia, y apenas partieron los desairados oidores calóse el arnés, tomó la espada, montó en su caballo y salió con una parte de su gente al encuentro de una hueste enemiga que le dijeron avanzaba desde Rioseco en ademán de ataque.

Hubo otro negociador de peor condición que los magistrados de Valladolid, mas astuto que ellos, y mas afortunado en el logro de sus torcidos fines. Fué este un fraile franciscano, de no oscuro nacimiento ni escasa instrucción, fácil en el decir, enérgico en el obrar, y fecundo y mañoso en recursos. Llamábase Fr. Antonio de Guevara, y habia pasado la vida alternativamente entre la soledad y silencio del claustro y el bullicio de la corte y el ruido mundanal del siglo. Veíasele andar incesantemente é ir y venir del asilo de los magnates al campo de los comuneros con aire de tratador de paces. Aunque el obispo de Za-

mora sospechára de las pláticas del astuto franciscano con Giron, que llevaba alguna misión secreta, felicitábase de que trabajaria en valde y predicaria en desierto. Lo que se trataba entre los gobernadores y partidarios del rey y el caudillo de los comuneros por medio del sagaz franciscano no se reveló hasta que éste tuvo la audacia, cuando ya daba por consumada su obra, de requerir al final de un sermón al ejército de las comunidades y de mandar á sus caudillos de parte de los gobernadores que depusiesen las armas, deshicieran el campo y desencastilláran á Tordesillas. El auditorio le interrumpió con murmullos y denuesos, y le apostrofó con picantes burlas. El obispo de Zamora le dió una contestación enérgica y dura, que aplaudieron todos con entusiasmo, y concluyó diciéndole: «Andad con Dios, padre Guevara, y decid á vuestros gobernadores, que si tienen facultad del rey para prometer mucho, no tienen comisión para cumplir sino muy poco; y guardaos de volver acá, porque si viniéreis, no tornareis mas allá.» Y aun es de estrañar en el genio virulento de Acuña que se limitára á contradecirle con vehemencia y á despedirle con ásperas palabras (1).

Si las engañosas ofertas del Fr. Antonio fueron tan desestimadas por las tropas de la comunidad como enérgicamente rechazados sus requerimientos, no por eso dejó de llevar á cabo su inicuo plan. La cau-

(1) Epistolas familiares del P. Guevara, fól. 55 á 81.

sa de los comuneros había sido vendida; concertada estaba ya una gran traición; el general en jefe de las tropas populares estaba ganado. Con pretexto de los fríos de diciembre y de estar la tropa sin tiendas y escasear en el país los recursos, dió don Pedro Giron al ejército la orden de marchar á Villalpando, donde tendría cómodos alojamientos y abundarían las vituallas. Villalpando está á seis leguas de Rioseco, y era población del condestable. A pesar de esta sospechosa circunstancia, de no vislumbrarse objeto en la ocupación de aquella villa, de lo inoportuno y extraño del movimiento, y de conocer que los mejores alojamientos para invernar hubieran sido los que en Rioseco ocupaban los vireyes y los magnates, el ejército obedeció, aunque murmurando, deslumbrado por las comodidades que se le ofrecían, y lo que es de maravillar, y prueba que el obispo Acuña tenía menos de perspicaz que de osado, todavía el prelado de Zamora no descubrió la traición que envolvía aquel movimiento (1).

(1) «Todos los autores, dice el ilustrado traductor de *El movimiento de España* en la nota 41, que escribieron algo sobre esta revolución, convienen en que Giron fué traidor á su partido, y le hacen aparecer como la causa principal de la pérdida de los comuneros. En efecto, cuando estaba á la vista de Medina de Rioseco, tenía á su favor todas las probabilidades, y un ataque sobre Medina hubiera puesto en su mano

la corona de vencedor en toda España. Pero pudo más en su ánimo el temor de ser vencido; se dejó llevar de las promesas y halagos de los grandes, y confiado en ellas, sin adelantar nada para sí, vendió inicua mente al partido que se había entregado en sus manos.»

Así se deduce con sobrada claridad de Alcocer, de Sandoval, de Colmenares y otros autores, y muy principalmente de las cartas del mismo Padre Guevara.

No se descuidaron los nobles en aprovechar el desembarazo en que quedaban para ejecutar la segunda parte de lo que había entrado en el trato, que era lanzarse de improviso sobre Tordesillas, que había quedado con corta guarnición, apoderarse de la reina doña Juana, y si podía ser, de la Santa Junta, y dar sobre el gobierno central de las comunidades el golpe de mano que estas habían podido darles á ellos. Salió, pues, la hueste imperial de Rioseco al mando del conde de Haro: los que echaban en cara á los comuneros los excesos y desmanes con que habían manchado sus alborotos, iban saqueando las poblaciones, dejando tras sí una huella de miseria y de desolación, y hasta robando con sacrilega mano, como lo hicieron en Peñaflores, las alhajas y los vasos sagrados de los templos. Cuando se supo en Valladolid y en Villalpando la marcha de los imperiales, ya estaban estos combatiendo los muros y las puertas de Tordesillas, y no era posible que llegaran á tiempo los socorros. Con arrojo atacaron la villa los próceres, pero con arrojo la defendían también los moradores, en unión con los pocos soldados que había, y especialmente el escuadrón de clérigos de Acuña, que nadie hubiera podido decir aquel día que eran ministros del altar sino soldados veteranos y aguerridos, y hubo uno entre ellos que de once tiros derribó once imperiales, hasta que una saeta que le acertó á él en la frente, acabando con su vida, suspendió la cuenta

de las que él iba quitando. En las cinco horas que duró el combate perdieron mas de doscientos cincuenta hombres los próceres. Entre los muertos lo fué el capitán Vosmediano, á quien se encontró escondido en la manga del sayo un cáliz de plata de los del saqueo de la iglesia de Peñaflor. Naturalmente morían menos de los de dentro como mas resguardados. Con mucha intrepidez, repetimos, combatieron aquel día los magnates. «Mirad, le decia el conde de Cifuentes al de Haro, empuñando su estandarte de damasco encarnado y verde con la efigie del apóstol Santiago, mirad donde me poneis con este estandarte real, porque yo no he de volver atrás de donde me pusiéredes (1).»

Ultimamente, agujereada la bandera real y hecha girones con los certeros tiros de los de dentro, pero agujereadas tambien por los de fuera las puertas y tapias de la villa, abiertos boquetes, penetrando el primero por uno de ellos el medinés Nieto, armado de espada y de rodela, plantada sobre la almena la bandera del conde de Alba de Liste, ingiriéndose tras él por la abertura ó encaramándose por el muro otros valientes soldados y desparramándose por la poblacion, todavía tuvieron que sostener en las calles combates sangrientos, pero al fin dominaron la villa; apoderáronse de la reina y de su hija que cruzaban el

(1) MS. de la Academia de la Historia: Hist. inédita de las Co-

atrio del palacio, y de nueve procuradores; los demás se habian salvado con la fuga. Toda la noche pasó la soldadesca engolfada en el pillage. «Robaron casas, iglesias y monasterios, que no perdonaron cosa, hasta las estacas de las paredes,» dice el obispo historiador, con ser como era adicto á la causa de los imperiales (1).

Súpose la toma de Tordesillas casi á un tiempo y causó igual sensacion de sorpresa y de ira en Valladolid, que se hallaba casi sin soldados y temia una marcha rápida y una acometida de los vencedores, y en Villagarcía, donde llegaban los destacamentos de los comuneros que marchaban al socorro de Tordesillas. Dos caminos quedaban todavía á los comuneros para resarcir aquella pérdida, ó lanzarse rápida é impetuosamente sobre Tordesillas, ó volver sobre Rioseco, donde habia quedado el cardenal regente con muy escasa guarnicion. Pero la torpeza de los unos ayudó á la traicion del otro. Discordes los caudillos, de mal talante el obispo de Zamora con don Pedro Giron, aunque sin caer todavía en la cuenta de su perfidia, no les ocurrió, ó por mejor decir, no quiso el general de la comunidad seguir el consejo y parecer que le proponian los de Valladolid de mar-

(1) Sandoval, Hist. del emper. Carlos V., lib. VIII. párr. 8.—Maldonado, Movimiento de España, lib. VI.—Pero Mejía, lib. II. c. 43.—Mártir de Anglería, epíst. 709.—Cabezudo, Antigüedades de Simancas, inéd. tom. I. p. 544.—«Así se perdió, dice Alcocer, en pocos dias lo que Juan de Padilla habia ganado con muertes y combates.»

char de concierto sobre Tordesillas y cogerla entre dos fuegos. Lo que hicieron fué tolerar, ó por lo menos no impedir que se desbandáran numerosos destacamentos y penetráran en Valladolid despues de haber asolado en su marcha los campos y saqueado los lugares. Allí vendian á menos precio el fruto de sus rapiñas, las alhajas, las reses y hasta los aperos de labranza <sup>(1)</sup>. Los infelices labriegos y pastores que lograban rescatar con algun dinero su hacienda, eran otra vez asaltados y robados por nuevas bandas apenas salian de las puertas de la ciudad. Era tal el desórden, que como dice un escritor de estos sucesos, «ni las mugeres en sus casas estaban seguras, ni los hombres por los caminos. Entre los lugares comuneros y los que tenian la voz real se mataban, robaban y hacian correrías como entre enemigos mortales. Los oficiales no hacian sus oficios. Los labradores no sembraban los campos. Cesaban los trabajos de los mercaderes por no haber seguridad en los caminos. No habia justicia.» ¡Tal estaba el reino en que tanta justicia, tanto órden y tanta paz habian dejado Fernando é Isabel!

A Valladolid fueron tambien luego Giron y el obispo Acuña con toda la gente. Colmaba el vecindario de bendiciones al obispo de Zamora por su conocida fidelidad á la causa de las comunidades, mien-

(1) «Daban, dice Sandoval, un por un real, y una vaca por dos carnero por dos reales, una oveja ducados.» Lib. VIII. párr. 9.

tras don Pedro Giron, de cuya deslealtad apenas dudaba ya la gente comun, era objeto del ódio y hasta de las maldiciones del pueblo. Conociendo el primogénito de Ureña la odiosidad popular que su vergonzoso tráfico le habia acarreado, y que ya se manifestaba con amenazas nada encubiertas, salió una mañana á la cabeza de algunos ginetes con pretexto de practicar un reconocimiento, pero con ánimo y resolucion de no parecer ya mas en ninguno de los bandos contendientes. Tal era su impopularidad, que en Tudela le cerraron las puertas, y no hallando mejor acogida en otros pueblos, hubo de resignarse á pasar escondido en las tierras de su padre todo el tiempo que duraron las revueltas de Castilla, para recibir despues otro mas triste desengaño todavía y el premio mas digno de su traicion, siendo esceptuado hasta del indulto general del emperador, como habremos de ver en su lugar <sup>(1)</sup>.

Unos y otros padecian escasez y apuro de numerario para pagar las tropas: advertíase la falta de tan-

(1) Hasta el mismo obispo de Pamplona, con ser adicto á la causa imperial, no puede dejar de decir de don Pedro Giron, que «sin duda hizo la treta que se sospechó.» Ibid. párr. 11.

Robertson (en su Historia de Carlos V., lib. III.) opina de diferente modo, pues dice que «verosimilmente carecia de fundamento esta imputacion y que los realistas debieron su triunfo á la mala direccion de aquel mas bien que á su perfidia.» Pero Robertson está lejos de poder ser considerado como autoridad relativamente á los acontecimientos que en aquella época pasaron dentro de la península, en cuya relacion es por otra parte muy sucinto, así como se estiende difusamente en los sucesos de fuera. Este historiador trató el reinado de Carlos V. considerándole mas como emperador que como rey de España. Desconocia ademas varias de las principales fuentes históricas de aquel tiempo.